

# Comunicación como amor

*El modelo de la comunicación en la familia es el amor de Cristo. La altura de este modelo no debe desanimarnos, porque no estamos solos en el camino y tenemos en Jesús el faro que guía y sostiene nuestros pasos.*



Para poder educar en la comunicación, es decir, dotar la familia de las herramientas adecuadas en las relaciones interpersonales, es necesario primero educarse a sí mismos en la comunicación. Esto es, en el amor. Podemos hacerlo a través de un retorno continuo al origen de nuestro mandato; a esas palabras que intercambiamos en el momento de nuestro «sí», delante del altar. Sólo de este modo, cuando vivimos un tiempo de crisis, no nos dejaremos abatir por las dificultades del momento, sino que sabremos reconocer en él un momento de esas «malas» que nos comprometimos a atravesar juntos, tal como atravesamos las «buenas». Y si la enfermedad hace pesados y lerdos nuestros pasos y nos parece que la paciencia ya llegó a su límite, es importante recordar que, frente a nuestro marido/mujer y a la comunidad, prometimos estar juntos, «en la salud como en la enfermedad». Esto no lo hicimos obligados por un contrato, casi una cuerda al cuello que no podemos cortar y debemos llevar a lo largo de toda la vida, sino porque esas palabras iluminaban lo que nos esperaba: la vida con sus altibajos, con su hermosura y su fealdad.

## *La felicidad es un aljibe*

Si hoy tenemos a muchos matrimonios en crisis y tanta infelicidad en nuestras familias, probablemente es porque hay mucha confusión acerca

de lo que uno espera de su pareja y de la vida en general. Tal vez buscamos la felicidad donde no está. Pretendemos tenerla sin dar nada a cambio, como si fuera un arroyo cristalino donde es suficiente extender la mano para sacar agua fresca. No es así. La felicidad es más bien un aljibe profundo.

Para extraer el agua es necesario primero encontrar su justa ubicación. Si no, podemos transcurrir toda nuestra vida excavando el terreno equivocado, sin lograr nunca encontrar agua. Y cuando hayamos encontrado el manantial, hay que tener la paciencia de cavar, quitar la tierra, fatigar, tal vez lastimarnos un poco las manos, sin desalentarnos si el trabajo es largo. Necesitamos la constancia de continuar, la confianza de que lo

que estamos haciendo va a dar resultado; necesitamos ser fieles al «lugar elegido» y tener esperanza, mucha esperanza. Al fin, el agua brotará.

## *Dar visibilidad a nuestras elecciones*

El camino del matrimonio se puede comparar a esta búsqueda del manantial escondido. Es un trabajo cotidiano en busca de lo esencial. Hay que comprometerse totalmente. Las herramientas con las que contamos son nuestra fe, el sacramento que nos une, nuestro cuerpo, nuestra inteligencia, la fantasía, la creatividad. Nos toca a nosotros orientar todo a la comunicación. Será con palabras, con actitudes, con las elecciones que hacemos, o a través del modo con que arreglamos la casa o las miles de formas con que dejamos que nuestra vida sea visible a los ojos de quienes están a nuestro alrededor.

Solamente si miramos más alto de lo cotidiano, de la realidad de nuestros resentimientos, de nuestras heridas, de nuestro orgullo ofendido, de nuestras derrotas y frustraciones, podremos transformar el mal en bien. Solamente si logramos entender lo que realmente vale en la vida, seremos capaces de no tropezar en las piedras o, incluso, las rocas que día a día intentan obstaculizar y detener nuestro camino.

No se trata de quitar todos los obstáculos, sino de reflexionar sobre ellos. Porque, si creemos que nuestra vida no es un caos sin sentido, sino que responde a un designio preciso, entonces, los obstáculos que tenemos adelante se convierten en signos que nos interpelan. ¿Por qué este hijo, este marido, esta mujer, son así? ¿Qué me quiere hacer entender el Señor?

## *Y la vida se hace diálogo*

Con esta nueva óptica realmente la vida se transforma en diálogo. Un diálogo que parte de nuestro corazón y llega directamente al cielo. Y desde el cielo llegarán las respuestas. Es más, ya están aquí. Entonces, las palabras tendrán un empuje nuevo y ya no será necesario hacer cursos de comunicación para aprender la escucha activa, distinguir quién es el referente y qué diferencia hay entre el significante y el significado... No son las técnicas de la comunicación lo que debemos aprender, sino el sentido de nuestro estar juntos, como pareja y como familia.

Si el sentido son el dinero, la carrera, el poseer bienes en general, no hay comunicación que alcance. Si, en cambio, el sentido de nuestro estar juntos es la búsqueda del bien del otro, las relaciones cambiarán de inmediato, casi como un milagro.

Si estamos interesados que nuestro hijo sea el primero en todo, el mejor en la escuela, el mejor en fútbol... tal vez la comunicación con él sea correcta de un punto de vista «técnico», sin embargo estará enviando mensa-

jes que no son correctos, empapados de egoísmo, competencia, ambición... Si intentamos interrogarnos sobre lo que realmente es importante para la educación de nuestro hijo y su verdadero bien, podremos comprender que una derrota cada tanto ayuda a crecer, que el esfuerzo es precioso, que llegar últimos nos enriquece...

Entonces, los ojos con que lo miramos cambiarán y también las palabras que le dirigimos serán distintas. Si llegamos a entender que es necesario educarnos más allá de la inmediatez de lo cotidiano, que nuestra educación sirve para la eternidad y cruza el umbral de esta vida, entonces, nuestra vida cambiará. Y nuestras palabras, nuestro modo de comunicar, realmente se parecerá al de Aquel que nos lo enseñó, convirtiéndose en Palabra «hecha carne». ○

